

Millimeters and shadows of the little things

Por Chiara Guidoni

Fabrizio Corneli se define a sí mismo como escultor de la luz. Parece por tanto inevitable, al disponernos a hablar de él, no indagar en este medio elegido que le acompaña en su experimentación desde hace más de cuarenta años.

Un «material» que en sí mismo consigue narrar, de manera para muchos instintiva, la mayor parte de los significados ligados a su poética. En esto, sin duda, reside la marca de este artista: en haber decidido manejar, con delicadeza y refinamiento, algo que nos rodea a todos y nos proporciona vida, que existe desde antes incluso de que existiera el hombre.

La connotación inevitable, en este sentido, es una connotación espiritual, que no necesariamente puede calificarse de religiosa, pero que sin duda remite a una esfera trascendental y tal vez incluso trascendente.

Corneli elige la luz y opta por moldearla, en ella y en su doble: la sombra. Ambos conceptos están estrechamente ligados a una matriz ancestral y artística, relatada desde la antigüedad como génesis de la representación: Plinio el Viejo, en su Historia Natural, da origen a la pintura, y luego a la escultura, a partir de la leyenda de la hija de Butade, que traza en la pared los contornos del rostro de la sombra del hombre amado, justo antes de que éste parta a la guerra.

Dibujar y pintar, por tanto, surgen de un acto de amor y de un acto de supervivencia: esa sombra efímera, si se fija, constituye la primera forma de memoria visual. Corneli, sin embargo, decide dar un paso atrás, no dibuja a partir de la luz y la sombra, sino que dibuja con la luz y la sombra y descubre sus elusivas declinaciones.

Y esta dificultad de definirse hace su marca de fábrica, que refleja en gran medida, si no en su totalidad, su visión interior: cree en una espiritualidad, que se convierte en energía, que vivifica y da sentido y significado a los mecanismos del mundo. Y su investigación está estrechamente ligada a la representación del mecanismo, un mecanismo para descubrir el yo y el mundo a través de la observación rítmica de las líneas y contornos de la imagen. Así pues, no sólo la luz ocupa un lugar central en la poética de Corneli, sino también su declinación en líneas.

Podríamos reconocer aquí el mismo patrón del que hablaba Pavel Florensky cuando identificaba los cortinajes de los iconos ortodoxos como líneas de fuerza electromagnética que seguían un código preciso: «Las líneas del drapeado, en este sentido, expresan el esquema metafísico de un objeto dado -su dinámica- con una intensidad mayor de la que podrían tener sus líneas visibles, aunque luego las líneas del drapeado, en sí mismas, sean absolutamente invisibles y, dibujadas en el icono, constituyan, en la intención del iconógrafo, el conjunto de tareas que incumben al ojo del espectador, es decir, las líneas de los movimientos que el ojo debe realizar en el acto de contemplar el icono.» . Así nos habla Corneli de su utilización de la luz, más que como contorno, como el mecanismo mismo de la observación. Lo que hay que captar, pues, no es la imagen o su contorno, sino su posibilidad de desaparición y revelación.

Casi podría decirse, entonces, que el camino de Corneli es y será el mismo que el de la historia de las imágenes, de los iconos, que parte del deseo de acompañar al ojo en el ritmo adecuado, que lucha primero por salvaguardar la figuración y luego por superarla y, paso a paso, se abre camino hacia el reino de la vista, hacia la imagen invisible que puede provocar en nosotros la imaginación.

«Ahora vemos como en un espejo, de forma confusa; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco imperfectamente, pero entonces conoceré perfectamente, como también soy conocido». Ya no estaremos en el espejo oscuro, seremos iluminados, declarados, revelados.